

La imaginación del tiempo

Thewmesh Thew

LA
IMAGINACIÓN
DEL TIEMPO



Capítulo 1

La imaginación del tiempo

Siempre he tenido mucha imaginación. Recuerdo como todos decían cuando era pequeño "este niño no para, es un terremoto, no necesita a nadie" y era cierto, no podía estar quieto. Estaba de aquí para allá, haciendo ruido, imaginando... Jugaba con los niños de mi edad e incluso con algún que otro amigo imaginario. Había uno, especialmente, era anciano y se quedaba mirándome feliz mientras jugaba.

Recuerdo como fui creciendo, quedaba con mis amigos, proponía planes. Recuerdo como les cogía de la mano arrastrándoles a mis planes. Los llevaba de juego en juego al parque, a mi casa, al jardín. Realmente, podía llegar a ser muy intenso ¡Qué tiempos aquellos!

De un modo u otro, fui interiorizando toda esa actividad que corría por mis venas. Me acuerdo que, aunque la mayoría de niños jugaba con muñecos y los chocaba entre sí mientras se imaginaban grandes batallas, yo era más de imaginarme una historia enrevesada, donde participaban todos los juguetes y objetos que tenía en casa. De hecho, no importaba que fueran muñecos para que me imaginase una historia, pues también formaba parte de la historia toda mi colección de tazos o de cartas. Podían crearse grupos de lo más variopinto, y aliarse, por ejemplo, un personaje de dibujitos con el futbolista de la época, mi muñeco de peluche favorito y un pokemón para pelear contra todo un arsenal.

Además utilizaba como decorado el mobiliario de la casa, mis muñecos trepaban en los armarios, dormían en sitios blandos como cojines y almohadas y se escondían entre las plantas de las macetas.

En mis historias había un montón de grupos no sólo estaban los buenos contra los malos, también había espectadores, gente neutral, unos que hacían vida al margen de la trama principal, otros que se encargaban de abastecer (trabajar, alimentar, abrir tiendas...) al resto.

Había varios pueblos, varias facciones... algunos con tradiciones opuestas, otros con acento o idioma diferente... ¡Incluso había un más allá para los que habían muerto en mi juego!

Toda esta aventura conllevaba que todos los personajes sin excepción tuvieran una historia detrás (algunos una enrevesada con muchas líneas de descripción y otros con una descripción de una sola frase).

Muchas veces tenía que irme a la cama y "aún" no había podido empezar

el juego, pues aún estaba creando la historia de los personajes.

Tenía mucha imaginación y me distraía con facilidad. Recuerdo como los mayores me decían que tenía que estudiar, que tenía obligaciones pero no les hacía caso. Excepto cuando se ponían serios y me denegaban toda actividad satisfactoria hasta que terminase las tareas. Así que de prisa y corriendo hacia las tareas... a no ser que me entretuviese haciendo dibujos y garabatos en las esquinas del cuaderno, entonces una actividad de diez minutos podía llevarme horas.

Con el paso del tiempo fueron creciendo mis responsabilidades pero yo, en mis trece, intentaba eludirlas todo lo que podía, aunque siguieran regañándome. En ese tiempo comenzó a aparecérseme mi yo adulto. Me decía que estudiase un poco... un mínimo, que la vida no era un juego, que tarde o temprano si no me iba a arrepentir, me dijo muchas cosas y aunque en parte sabía que tenía razón decidí ignorarle. Pero él siguió mostrándose cada vez más terco. Recuerdo lo que pensaba en aquella época "¡Y este tío quién se ha creído que es para regañarme!

Crecí un poco más y comencé a trabajar esporádicamente y mi yo adulto (aunque ya no tan adulto) seguía metiéndose en mi camino. Intenté quitármelo de encima y con unos ahorros me fuí haciendo mis primeros tatuajes. Sabía que a mi yo adulto aquello no le iba a gustar pero, era mi cuerpo no el suyo y tenía todo el derecho de hacerlo. Era mi forma de reivindicarme. Eran mis gustos y así era yo y nunca cambiaría y si le molestaba que se fuera... es más "no quiero llegar a mayor si me voy a convertir en ti" llegué a decirle.

Pero, poco a poco, fueron creciendo mis responsabilidades y tan cierto como es que la vida pasa tan rápido como un chasquido, me ví atrapado en el cuerpo de mi yo adulto. En parte es fascinante ver lo rápido que puede cambiar alguien de parecer cuando el contexto cambia de forma radical.

Desesperado y cansado de la adultez, me refugié en mis pensamientos y así, viajé en el tiempo a un lugar donde era más feliz.

Al principio vergonzoso miraba desde la distancia como mi yo joven jugaba con cualquier cosa. Qué imaginativo que era... ¡Qué soy!

Cada vez que mis responsabilidades de adulto me lo permitían (que eran bastante escasas), viajaba en el tiempo a ver a mi yo joven. Y un buen día, debido a un mal día en el trabajo decidí hablar con él y aunque fue una reprimenda, fue una muy débil ¡Si es que a mí me gustaba verlo jugar! ¡Disfrutaba! ¡Sentía su paz y me daba la paz! Pero le dije que tampoco le costaba mucho estudiar treinta, cuarenta o cincuenta minutos diarios para, en un futuro, obtener un estatus económico y social superior ¡Tampoco le pedía tanto! Pero él me ignoró como hacía con todos. Eso no

hizo más que encabezonarme con él y cada vez le metía más caña. "Total" pensaba "aunque no me vaya a hacer caso por lo menos me desahogo".

La relación se había vuelto tóxica y ya no encontraba la paz que iba a buscar. Finalmente, por mi propia culpa, me hirió profundamente y dejé de ir a visitarle.

Aunque, estuve una temporada centrado en el presente, reciénemente he vuelto a viajar pero, esta vez al futuro. Visito a mi yo anciano. Me cae bien, por lo menos las veces que está, otras él también viaja en el tiempo. Es un hombre muy alegre, siempre con una sonrisa en la cara y recordando viejos tiempos, aunque también le gusta que yo se los cuente. A veces le acuesto y le abrigo. Me quedo con él contándole historias hasta que se duerme, aunque hay veces que no se duerme y se une a mi historia añadiendo partes suyas. ¡Qué imaginación tiene! La verdad es que tenemos historias muy buenas juntos incluso podríamos escribir libros sobre ellas.

Hay veces que chochea y eso me pone triste y eso, a su vez, le pone triste a él. Debe ser genético.

Una vez tuvo una pesadilla, se despertó sudando y en vez de calmarse se puso a peor. Me dijo entre lágrimas que estaba solo y yo le dije que eso no es verdad, que me tiene a mí.